

A R T E

Explicaciones sobre Picasso

III

POR RAMÓN D. FARALDO

N

ADA de lo que hemos comentado sería así si a Picasso no le hubieran ayudado dos cosas genuinamente propias de su raza: su vocación de humildad, y algo más que no pudieron olvidar nunca sus ojos españoles.

La humildad primero. El cubismo es el pan duro de la pintura. Como el propio hidalgo de la Mancha, también él fué «en miseria y lobreguez parido.» El cubismo es la obra de un mendigo elegido por Dios. La obra de un hombre que amaba la pobreza porque poseía la vieja sabiduría española de que no poseer nada es la mejor manera de no tener, de no sufrir, de no abandonar, de ser fuerte. La sabiduría de no tener nada, cuando se está a punto de tenerlo todo o cuando ya se ha tenido todo.

Si el arte de España tiene en Velázquez el gran señor, y en Goya al gran insolente, tiene en Picasso al gran pordiosero de la pintura.

El gusto de Picasso por la pobreza es tradicional. Su primer cuadro conocido representa un hombre que tiende la mano

para pedir limosna. En su último cuadro, estoy seguro, no se verán la mano ni el hombre, pero Picasso seguirá pidiendo limosna.

Su obra figurativa estuvo consagrada a los tristes, a los errantes de los caminos y de las orillas del mar, a los héroes míseros del circo y de los oficios, a los hijos de los arrabales, a los perros sin dueño, a los jamelgos de los toros, a todo lo irremediable y a lo apiadable.

Picasso ama la pobreza casi tanto como la pintura. Dalí nos contó su respuesta a aquellos promotores yanquis que quisieron llevárselo a Nueva York, tentándole con sus dólares: «Nosotros haremos un puente de oro entre Europa y América.» Picasso contestó: «Ustedes háganlo. Yo me iré a dormir debajo del puente.»

El dijo también: «Si la pobreza pudiera comprarse con dinero, yo me arruinaría comprando pobreza.»

Esto es el cubismo: la pobreza comprada con la fortuna del genio. La pintura expropiada y errojada a la calle. La pintura con los codos rotos. La pintura esquelética.